

Amor, flor delicada

En la película “Secretos de un matrimonio” de I. Bergman, aparece una mujer – típica ama de casa- quiere divorciarse, pues su matrimonio es sin amor; después de muchos años en los que “todo ha ido bien”, quiere separarse y se lo cuenta a la abogada: “mi marido es una buena persona, no le reprocho nada, ha sido un padre excelente y nunca nos hemos peleado. Tenemos un piso excelente y una casa que nos dejó su madre al morir, a los dos nos gusta mucho la música... es ideal... pero no hay amor... nunca lo ha habido... prefiero la soledad a seguir viviendo así, no puedo soportarlo... le dije hace 15 años que no quería seguir viviendo con él, fue muy comprensivo y se limitó a pedirme que esperase a que los niños fuesen mayores... me ha preguntado mil veces qué es lo que va mal en nuestro matrimonio, para que yo quiera pedir el divorcio, y yo le he dicho siempre que no nos engañemos, que cuando no hay amor es imposible seguir viviendo juntos. Me preguntó en qué creo que consiste ese amor, y yo le he contestado mil veces que es imposible describir algo que no existe...” La pobre dice que tampoco ha querido nunca a sus hijos, que procuraba cumplir: “soy alguien que tiene todo lo que se puede desear, que piensa en una cosa vaga y remota que llama amor. Claro que en la vida hay también otras cosas: amistad, lealtad, bienestar, seguridad, pero...” Ella cree tener aún “posibilidades de encontrar el amor... ahora todo está encerrado, embotellado... lo malo es que la vida que he vivido me ha ido ahogando cada vez más, pero aún estoy a tiempo, tengo que hacer algo: primero el divorcio... pues los dos nos obstaculizamos de un modo letal... es espantoso”. Y la cosa más fuerte es lo que dice a continuación: “Me está pasando una cosa muy extraña. Mis sentidos, quiero decir el tacto, la vista, el oído... me están empezando a fallar. Sé que esto de delante es una mesa, puedo verla... puedo tocarla, pero la sensación es débil y vaga, rebajada. Lo mismo lo demás: la música, los aromas, las caras de la gente, las voces, todo se está volviendo pobre, gris y desvaído, como mi vida”. Es dura una vida vacía. Esa mujer ya entrada en años ve que su vida ha sido irse apagando, no sabe lo que es el amor: y por eso pierde hasta la sensibilidad. Lo contrario ocurre cuando uno ama: todo se ve luminoso, se está despierto a la vida, se vive de modo auténtico, no hay obstáculos ni dificultades que no se superen, ya que “fuerte como la muerte es el amor” (Cantar de los cantares).

Cuentan de un esposo que fue a visitar a un sabio consejero y le dijo que ya no quería a su esposa y que pensaba separarse. El sabio lo escuchó, lo miró a los ojos y solamente le dijo una palabra: -“Ámala”. Luego se calló.- “Pero es que ya no siento nada por ella”, contestó el marido. -“Ámala”, repitió el sabio. El esposo aburrido estaba ya desconcertado, cuando después de un oportuno silencio, agregó el sabio: "Amar es una decisión, voluntad de amar, compromiso... no un sentimiento; amar es dedicación y entrega. Amar es un verbo y el fruto de esa acción es el amor. El amor es un ejercicio de jardinería: arranca lo que hace daño, prepara el terreno, siembra, sé paciente, riega y cuida. Debes de estar preparado porque habrá plagas, sequías o excesos de lluvia, mas no por eso abandones tu jardín. Ama a tu pareja, es decir, acéptala, valórala, respétala, dale afecto y ternura, admírala y compréndela". Eso es todo... ámala.

Este relato de autor desconocido nos habla de que el Maestro de la vida es el amor. No el sentimiento sino la voluntad de querer, de darse, pues el amor es don de sí. El amor –esa voluntad y constancia, esa fidelidad como respuesta- es lo que convierte nuestra vida en algo vivo, que no acabe como una planta mustia, por falta de regarlo. El amor es algo misterioso pero vale la pena cultivarlo pues es la esencia de la vida, y a veces miramos hacia fuera, queremos cambiar las situaciones pensando que teniendo lo que deseamos seremos felices, y sería conformismo no aceptar nunca cambios, pero

tampoco podemos engañarnos en poner la solución de todo en un ir cambiando. A veces tenemos miedo a enfrentarnos al amor, y lo perdemos pues el amor auténtico es la ausencia total de miedo. Cuando rompemos una relación, cuando nos refugiamos en cosas que no están en nuestro camino, escapando de la realidad, ¿de que tenemos miedo? Precisamente de amar. La felicidad no está en tener lo que querríamos, sino en querer lo que tenemos, no proyectarnos hacia una situación idílica en la que todo está a nuestros gustos, pues nuestros gustos se agostarían y nos aburriríamos como a veces nos pasa con lo de cada día, cuando falta el amor. Hay un resello amoroso, divino, en todo; y cuando no lo veo voy quizás borracho de sensaciones que me impiden ver el trazado de la carretera, dominado por el miedo buscando una salida fácil que luego resulta tortuosa e infeliz. En una sociedad de cambios fáciles, es necesario entonces la sobriedad en esas formas de escape, no tener miedo al amor auténtico, cultivar con paciencia esa flor preciosa del amor.

Llucìa Pou Sabaté